

La ventana del paraguayo

Lo único que me dejó el paraguayo, fue la ventana.

En el silencio blanco de la sala de espera oí que una mujer nerviosa se quejaba de alguien diciendo esto. La manera de afirmar las cosas que tenía en contra del paraguayo, y la única prenda, la ventana, hicieron que me olvidara de los males que me habían llevado al hospital. Todo era orden y limpieza en el Dupuytren, todo era claro, fresco, empezando por la voz simpática de la mujer con ventana. La historia con seguridad debía ser interesante, pero la empecé cortada, como cuando una entra al cine después de haber empezado la película. Supe que la mujer había ido muchas veces a visitar al paraguayo buscando no sé qué cosas que no había podido conseguir, que él la saludaba en otro idioma que parecía francés, dijo la mujer, y que ella no entendía. Después la invitaba con bombones y un café frío que servía de sucio termo – dijo la mujer – temeroso de dejarla sola en la entrada que servía de salita, como si ella fuera a llevarse alguna de las horribles fotos que decoraban la mesa de arrimo junto a los helechos. Lo pensé, eh ?, no creas que no lo pensé, dijo a la amiga que parecía saber de qué se trataban las visitas. Era un antiguo, imagínate, recibir a la gente saludando en otro idioma ; a mí, que casi no me conocía. Después vinieron las otras cosas. Un maniático.

Temí que me llamaran de pronto, pues perdería el nudo de la historia. Oí la voz del médico saliendo por la puerta de mi derecha, recién empezaba a atender u, naturalmente, dijo « uno » y mencionó un apellido que no era el mío. Las mujeres de la historia tampoco se movieron, parecían esperar la llegada de otro médico, porque no prestaban ninguna atención al llamado de los números.

Con estas interrupciones logré entender sin embargo, cómo el paraguayo la invitaba a recorrer la casa. Esta es la cocina, la aparté del resto poniéndole este colgajo, decía la mujer remedando al paraguayo. Este es el dormitorio, continuó diciendo, y señaló una cama, una pobre cama abandonada como perro en medio del enorme cuarto. Esto es mi estudio, el lugar donde trabajo, y me mostró estantes llenos de libros, el balcón, quiso que lo acompañara al balcón no muy grande, y me invitó a mirar hacia arriba para ver la ventana. ¿ Qué ventana ? Nunca vi ventana más rara, como metida en la pared que se doblaba con el techo y hacía entrar la última luz de la tarde. ¿ Qué ventana ? – dije – y él me contó que la casa había sido

diseñada por un arquitecto francés. ¿No será una claraboya? – pregunté –. Pero él movió la cabeza como sin saber qué decir.

« Dos » llamó otro médico desde otra puerta y tampoco se levantaron las mujeres. No pueden irse, me dije, sin que yo sepa cómo termina la historia del paraguayo. Por suerte el número dos tampoco correspondía a mi turno, y al mismo tiempo no conseguía entender dónde estaban las otras personas que imaginaba haber como largas colas en el Dupuytren, y en todos los hospitales. Con el afán de no perder el hilo del relato paraguayo no quise preguntar nada al hombre soñoliento y sucio con quien compartía el banco.

La ventana era alta, parecía un semicírculo de esos que usa Gabrielito en la escuela. Mientras el paraguayo leía en voz alta, yo miraba el cielo de Buenos Aires y le masajeara los pies. El viejo tenía una enfermedad o una manía. Tres veces por semana debían hacerle masajes con una crema especial que le habían preparado para eso. Decía que los calambres no lo dejaban vivir, la circulación de la sangre se le activaba con los masajes y eso era lo único que lo aliviaba. Tenía unos pies suaves y morenos con los que coqueteaba a pesar de su mal, usando unas sandalias bien frescas porque hacía calor. Pensar que fui en busca de unas fotos – dijo la mujer – y terminé tocándole los pies, para mi desgracia. El paraguayo era muy testarudo y de vez en cuando apartaba la vista de la lectura para controlar si el masaje correspondía a su exigencia. Con tal de conseguir las fotos yo le soportaba las impertinencias porque pensaba que al fin acabaría ganándolo. Pero ya llevábamos tres semanas de encuentros y él parecía olvidarse de mi pedido, hasta que un día...

« Tres » – dijo el último médico que había empezado a atender, ya que a los dos primeros números nadie respondía. La mujer se levantó con dificultad sin poder apoyar el cuerpo en las patas de rana que tenía por pies. Eran unas enormes patas de rana de goma que se adosaban a sus gruesos tobillos, casi sin articulación. El médico la hizo pasar sin apartar los ojos de las uñas de las patas, que estaban pintadas de color naranja, como correspondía a una rana coqueta. La amiga que prestaba atención a la historia con el paraguayo, abandonó el banco detrás de ella y se apartó junto a la puerta, con miedo a que se cayera.

– ¿Cómo anda? – dijo el médico cerrando la puerta y dejándome sólo con el murmullo de sus voces.

La historia del paraguayo me quedaba trunca. ¿Qué había sucedido con los pies? Esos pies morenos que ella masajeara tres veces por semana.